

## RELEYENDO A JOSEPH A. SCHUMPETER CUARENTA AÑOS DESPUÉS

por el Académico de Número

EXCMO. SR. D. Fabián ESTAPÉ RODRÍGUEZ\*

Cuando nuestro Presidente, el profesor Enrique Fuentes Quintana, resolvió encargarme de la ponencia que voy a desarrollar —Releyendo a Joseph A. Schumpeter cuarenta años después— no llegué a intuir el conjunto de dificultades que iban a entorpecer mi tarea. Un motivo aducido por el señor Presidente se refería a la tremenda actualidad que han cobrado en nuestros días los pronósticos y las predicciones sobre el futuro del capitalismo y, también, sobre el futuro del socialismo. Sin lugar a dudas, entre los grandes economistas y aún diría entre los grandes pensadores sociales el austriaco Joseph A. Schumpeter destaca por el relieve de su talento, la incidencia de sus puntos de vista y la influencia ejercida sobre generaciones de economistas. Para entrar en materia señalaré que Schumpeter fue, hace más de cuarenta años totalmente pesimista sobre las posibilidades de supervivencia del sistema capitalista; al mismo tiempo, y dentro de su visión de origen marxista sobre la transformación dinámica de los sistemas económicos, sugería que a ese capitalismo desfalleciente le sucedería por imperativo de la lógica económica y no económica un nuevo sistema: el socialismo.

El problema podía reducirse a estudiar el qué y los por qué del fracaso de la predicción de Joseph A. Schumpeter en su célebre *Capitalism, Socialism, and Democracy* (1942) y en el breve y definitivo ensayo *Towards Socialism* fruto de unas notas apresuradas que tuvo que corregir su viuda, la economista Elizabeth Boody Schumpeter, para publicarlas en la revista *American Economic Review*, Papers and Proceedings, mayo de 1950. Pero una reflexión detenida, que es la que el señor Presidente esperaba de mí —no en vano somos colegas de estudios e investigaciones

---

\* Sesión del día 5 de noviembre de 1991.

por más de cuatro décadas— me llevaron por otro camino. Un camino si se quiere más largo, y me temo que más tedioso, pero en estas cuestiones he creído siempre en la vigencia de la Ley de Eugen von Böhm-Bawerk sobre la mayor productividad de los procesos de producción más largos...

Así me puse a considerar la utilidad de relatar unos virajes de mis estudios ya que, ciertamente, durante muchos años he difundido en varias Universidades españolas el pensamiento schumpeteriano; he estimulado la traducción de la mayor parte de sus obras, y para no dilatar la alusión me remito a las amables palabras de nuestro compañero el profesor Juan Velarde Fuertes cuando en «Papeles de Economía», n.º 17, 1983, a la hora de valorar el papel singular y atípico de la irrupción del pensamiento schumpeteriano en España. Volviendo la vista atrás sin ira he de recordar los consejos de mi maestro, el malogrado Académico de la Historia, don Luis García de Valdeavellano y Arcimis, cuando orientando el tránsito de mis estudios de la Historia a los de la Economía, me recomendaba como sistema infalible, pero arriesgado, el de elegir un gran maestro de la Ciencia que se pretende no diré dominar, que es faltar a la llaneza, sino saldar una parcela del conocimiento humano; una vez elegido ese maestro deben leerse, estudiarse y meditarse *todas* sus obras, desde los grandes tratados, los artículos y ensayos, sin descuidar ni una sola recensión (Aun cuando a trueque de adelantar acontecimientos diré que la lectura de las recensiones de Schumpeter me permitió comprobar que también dormita Homero leyendo su penosa recensión a la General Theory de John Maynard Keynes). Pero la orientación era certeza; años después la vería confirmada por las experiencias de Ferdinando Di Fenizio y Giovanni Demaria, gracias, en este último caso al auxilio informativo de su discípulo, predilecto, el malogrado Tullio-Baggiotti.

Forzosamente he de recordar que me situó en torno a 1950. Muchos de estudios recordarán el estado de pobreza, de desierto, en el que se encontraban la mayoría de los Seminarios de Economía de las Universidades españolas; libros y revistas eran material escaso. Ello explica que mi conocimiento de la obra de Joseph Alois Schumpeter no se hiciera a través de su grandiosa *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, tercera edición de 1926, sino del libro más célebre, y que guarda relación directa con el tema que nos ha congregado: *Capitalismo, Socialism, and Democracy* (1942). Tuve la inmensa suerte, de la que quiero dejar aquí constancia, de que un gran amigo, Enric Prat de la Riba, hijo del creador de la Mancomunidad, tuviera una biblioteca excepcional de Economía. Así pude estudiar los cinco ensayos que forman el libro. Sabiendo que para Schumpeter los dos economistas que mayor influencia habían tenido sobre su concepción de la dinámica económica habían sido Karl Marx y Marie-Léon-Esprit Walras, no me produjeron sorpresa sus juicios sobre las distintas vertientes que cabe «disecar» en el pensamiento marxista. No se me olvidó la advertencia del propio Schumpeter que semejante «disección» es lo que no perdonan los marxistas feligreses del pensador de Tréveris. Pero toda mi atención de economista en agraz se volcaron sobre las partes segunda y tercera. En la segunda a la pregunta de ¿puede sobrevivir el capitalismo? se respondía categóricamente con un no. A la

pregunta de si podía ser eficiente el socialismo se respondía afirmativamente. He de confesar ahora que la parte cuarta —relaciones del Socialismo y la Democracia, que Schumpeter respondía afirmativamente— y la quinta y última que narraba, con agudas y penetrantes observaciones, la historia de los principales partidos socialistas de Occidente (misericordiosamente no incluía el PSOE) las dejé a un lado para penetrar en el análisis del capitalismo moribundo y de las instituciones del socialismo que debía sucederle.

La negativa a la posibilidad de supervivencia del capitalismo obedecía a un razonamiento radicalmente opuesto a los que los marxistas —singularmente los austríacos— habían edificado en la *Zusammensbruchstheorie* o teoría del derrumbe. En el análisis el capitalismo se encaminaba hacia su sustitución pero ello era debido a la acción de fuerzas totalmente opuestas a las enunciadas por el barbudo de Highbury Cementry en *Das Kapital*. El capitalismo no se hundiría por el fracaso económico; las contradicciones enumeradas con tanto esmero por Marx y Engels, y después aumentadas por Lenin no jugaban el menor papel en la predicción schumpeteriana. En resumidas cuentas, y para poder adentrarnos en el meollo de la cuestión, la tesis de Joseph Alois Schumpeter era la de que el *éxito económico del capitalismo*, superior a lo imaginado por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista (1984), *tenía como consecuencia la de minar, y finalmente destruir los soportes institucionales, de naturaleza social, que son consustanciales con su libertad de funcionamiento*. No es pues el fracaso sino el éxito lo que determinará la desaparición del capitalismo. El análisis de las instituciones que el éxito del sistema capitalista va corroyendo es de primer orden, aun cuando más de una vez choque con las ideas y los prejuicios. En un mundo dominado por el recuerdo de la Crisis de 1929 y por la Gran Depresión que sólo tuvo su punto final con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial era difícil admitir la vigencia del *éxito*, como lo había sido, en los primeros tiempos de la Gran Depresión escuchar a los grandes gurús —Irving Fisher, por ejemplo— que no era preciso actuar: Irving Fisher, el gran pionero de la estadística moderna reclamaba calma y prometía la recuperación económica en función de la mayor productividad que tendrían los obreros norteamericanos gracias a los beneficios de la Ley Seca... Para Schumpeter, la Gran Depresión no rompía sus esquemas; en sus primeros escritos, y aquí es necesario hacer referencia a su *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung* (que en su día pude estudiar en el ejemplar anotado del eminente economista catalán, Manuel Reventós precedente inmediato de nuestro compañero Juan Sardá Dexeus en la literatura económica de origen del antiguo Principado) la explicación de toda crisis económica (y de ello daría cumplida muestra en los apartados históricos de su *Business Cycles*, 1933) reside en el auge anterior; la característica única del sistema capitalista es la de que, con el debido margen de libertad, vuelve a la fase precedente: son los ciclos de prosperidad y depresión. En la concepción de Schumpeter, tanto el *New Deal* como los primeros ensayos del keynesianismo no sólo no eran los remedios adecuados sino instrumentos de prolongación y profundización de la crisis.

¿Y cuándo desaparecería este margen de libertad, esta fuerza de recuperación

automática, como diría años más tarde Paul Anthny Samuelson en sus *Foundations*? Simplemente cuando la función cardinal del empresario se viera amenazada por la dirección tecnificada de las empresas; cuando la familia dejase de ser el núcleo básico de la sociedad y cuando la incomprensión de la estructura económica llevase, por ejemplo, a legislaciones como la *Antitrust*; lo mismo cabe decir de la concepción misma del sistema tributario un sistema que había dado forma al Estado, que había hecho más que cumplir con la vieja ley de Adolph Wagner, y que en el altar de la progresividad dejaba frecuentemente el incentivo, el estímulo a la acción privada. Los impuestos sobre las herencias cercenaban también una de las fuerzas sociales propicias para el funcionamiento del capitalismo.

El capitalismo descrito por Joseph A. Schumpeter no puede confundirse con las primeras versiones que siguieron a la Revolución Industrial y que trajeron consigo las condiciones inhumanas de explotación de la clase obrera —sin excluir mujeres y niños— que describieron en su día Friedrich Engels, con referencia a la Gran Bretaña de 1844, y Joaquín Salarich en la Cataluña de fines del siglo XIX. Precisamente Schumpeter había enlazado el tránsito del feudalismo con el triunfo de las ideas liberales y de principios de progreso como los que en el terreno de la doctrina describiera John Stuart Mill y en el terreno de la *real politik* el Canciller Otto von Bismarck. El capitalismo contaba en su seno con capacidad suficiente para que la redistribución acompañase a la acumulación; una vez más es preciso recordar lo que era imprescindible: que los muros sociales que lo hacían posible se mantuvieran erguidos. Sólo la fragilidad de unos muros —expuestos una y otra vez al ataque de los «intelectuales» o de los doctrinarios sin responsabilidad por lo que predicán— reduciría el vigor, la sustancia vital, y cada muro que se derribara sería un obstáculo menos para la llegada del sucesor: del Socialismo.

Para Schumpeter, el Socialismo contaba, en su arranque con ventajas indiscutibles: para comenzar con la herencia del capitalismo; el lento proceso de sustitución facilitaría también las cosas. La propiedad de los medios de producción sería arrebatada, finalmente, a las manos privadas y encargada a una Junta, a un organismo dotado de poderes para traducir en un momento —el Plan de Producción— los fines y objetivos de la nueva Sociedad. No era preciso esperar de los economistas socialistas el suministro de ideas y conceptos: hombres tan poco sospechosos como el marqués de Pareto, y el Coronel Enrico Barone, se habían encargado ya, aunque fuera sólo por vía de hipótesis, como debería organizar sus tareas el «Ministro de la Producción». Los grandes procesos de concentración que se habían registrado en el devenir del capitalismo proporcionaban bases de actuación sometiendo a una sola voluntad la actuación de los grandes conglomerados industriales. Por su conocimiento profundo de la realidad (Schumpeter fue Ministro de Hacienda de la República de Austria, si bien por pocos meses) sabía distinguir los grados de facilidad y de dificultad, respectivamente, que tendría el proceso socializador en los distintos sectores económicos. De ahí que, como había sucedido con Karl Marx dejara el futuro de la agricultura para un territorio incierto en el que un crítico podría haber escrito *bic sunt leones*.

La obra *Capitalism, Socialism, and Democracy* alcanzó tres ediciones. La última vino a coincidir con el fallecimiento de nuestro autor, acaecido el 8 de enero de 1950, en su residencia de Taconic, Massachussetts. Una primera traducción, editada en Buenos Aires, traducida por A. Sánchez, y editada por Editorial Claridad 1946, gana, en lo que yo sé la medalla de oro en unos hipotéticos Juegos Olímpicos de las pésimas traducciones. Sólo muy recientemente, editorial Folio, con un prólogo del sociólogo británico Tom Bottomore, puede decirse que *Capitalism* puede leerse en castellano. La obra fue traducida prácticamente a todos los idiomas, pero como decía Ferdinando Di Fenizo la obra «dispiace ai ebrei e ai gentili». Algunos episodios son particularmente ilustrativos. En Italia se aceptaba la traducción de las partes primera, cuarta y quinta; en Francia se quiso traducir sólo la segunda y tercera; la aceptación de la obra completa tuvo lugar más tarde.

¿Por qué esta renuncia a la traducción completa? Hoy la respuesta es sencilla: la obra de Schumpeter no facilita *slogans* ni conforta la fe de los tibios. Los antisocialistas veían en el libro, y en el prestigio de su autor, un refuerzo en una campaña que movilizaba a Wilhelm Röpke, Walter Eucken, y los beneméritos hombres de ORDO. Los marxistas salían todavía más indignados de la lectura puesto que aun coincidiendo con el diagnóstico final los caminos eran los opuestos a los señalados por la ortodoxia marxista. En Estados Unidos, donde a pesar de la Segunda Guerra Mundial, la Universidad de Harvard bullía de una inquietud keynesiana como nos ha narrado Paul Anthony Samuelson, Schumpeter que había logrado el asentamiento a su gran autoridad científica elegía como el primero de sus Adjuntos a uno de los escasos economistas norteamericanos de clara profesión de fe marxista: me refiero, claro está, a Paul M. Sweezy. El espíritu de contradicción que acompañó al hombre y del cual nos ha dado muestras elocuentes los participantes en el volumen de homenaje Schumpeter, *Social Scientist*, se proyectó también sobre sus obras. Era el hombre, como ha contado Robert Triffin, capaz de exponer lecciones y lecciones de Economía, en las que figuraban aportaciones suyas de primera calidad, sin dar a entender ni siquiera que aquellos problemas hubieran perturbado un ocio que, como decía, quería consagrar siempre «al griego y a las matemáticas».

Durante años y años Joseph Alois Schumpeter, escribió artículos, dirigió tesis doctorales, contribuyó a la fundación de la Sociedad Econométrica, y todavía hoy es bueno recomendar a nuestros alumnos la lectura y relectura de su primer artículo, en el número 1.º de la revista *Econométrica, The Common Sense of Econometrics*; pero después de sus improbables esfuerzos para dar cima a los dos gruesos volúmenes de *Business Cycles* (la única de sus obras no vertida al castellano) encaminó todo lo mejor de su esfuerzo hacia la consecución de una meta imposible: la *Historia del Análisis Económico*, que dejó por concluir y en manos de su esposa que ordenó papeles, eliminó repeticiones y se entregó a la tarea hasta que un cáncer traicionero le impidió ver el fruto de sus anhelos. Fue entonces (1953) cuando un Premio Nobel de Economía, el ruso-americano Wassily W. Leontief, a quien Schumpeter había llamado siempre «a young genius», realizó la tarea final. Pero aquí hemos de advertir primero mi afirmación de

que la tarea era imposible y conmigo lo afirma Jacob Viner, para añadir «que esta obra imposible sólo él era capaz de intentarla». Quiero también poner de relieve, porque la *Historia del Análisis Económico* en excelente traducción del malogrado Manuel Sacristán, con el asesoramiento técnico de Narcis Serra y José Antonio García-Durán (1974) se ha convertido en una pieza de trabajo, en una herramienta imprescindible para estudiantes y profesores que la mezcla, a veces engorrosa, de erudición de alto bordo y de explicaciones someras se debe a que el fallecimiento de Schumpeter hizo imposible el acuerdo al que había llegado con su editorial: preparar dos libros, uno simple para estudiantes y otro con el aparato completo de la bibliografía más depurada. Y esto no debe olvidarse como he visto se hace más de una vez.

Schumpeter quedara permanentemente en la Historia de la Ciencia Económica por sus grandes aportaciones a la misma. Él mismo decía una vez que si nos figuramos la Ciencia Económica como un autobús de plazas limitadas, Walras tendría siempre asiento reservado; lo mismo podemos decir de Schumpeter, y a la hora de retomar el hilo de esta intervención, y por considerarme schumpeteriano, aunque modesto, me alegra comprobar que su máximo título de gloria será la *History*. En su valoración restante pesará, sin duda, la cuestión de la profecía sobre el futuro del capitalismo.

Y éste será un juicio parcial y erróneo a la hora de valorar la totalidad de las aportaciones de Joseph A. Schumpeter a las Ciencia Económica. Durante años, como acabo de decir, centró sus preocupaciones en la redacción de la *History*, un trabajo que confirmando la visión schumpeteriana, había comenzado muchos años atrás cuando muy cercano a los treinta años había emprendido con éxito una visión panorámica de la Ciencia Económica. Me refiero al libro en su versión que prologué (1967) *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*. Allí se encuentra *in nuce* la amplia arboleda levantada en los materiales inacabados de la *History*. Incluso la reunión de capítulos de la magna obra en preparación fueron reunidos en un volumen *Ten Great Economists from Marx to Keynes*, que traduje y prologué bajo el título obvio de *Diez Grandes Economistas de Marx hasta Keynes*.

Y, sin embargo, el gran tema de la sucesión de los sistemas económicos, derivada de la acción de factores endógenos no fue ajena a la mente de Joseph A. Schumpeter durante los años de la década de los cuarenta: para ser más precisos desde la primera edición de *Capitalism, Socialism, and Democracy* (1942) hasta su exposición en la conferencia plenaria de la American Economic Association, en los últimos días del mes de Diciembre de 1949.

Para ello es necesario estudiar con todo cuidado los añadidos y las rectificaciones que introdujo en las ediciones segunda y tercera. Una primera interpretación, que ofrezco a ustedes, es la de que Schumpeter intuyó la colisión de intereses de las dos grandes potenciadoras que iban a ganar la Segunda Guerra Mundial: Estados Unidos y la URSS.

Fue su interpretación temprana de lo que después se llamaría la «guerra fría». Intuyó el aprovechamiento del hundimiento de Alemania para denunciar la formación

de un ejército soviético «superior a todo lo imaginado hasta ahora». El socialismo se extendía no por el fenómeno y el mecanismo denunciado en *Capitalism, Socialism, and Democracy* sino por la aparición del fenómeno exógeno de la conquista y del reparto acordado en Yalta. Frente al mundo soviético contempló un mundo occidental dominado por las dificultades de la reconstrucción, y tuvo también una gran atención por la transformación de la economía y la sociedad británicas que acompañaban a la liquidación del Imperio y a la victoria del Partido Laborista en las elecciones generales de 1945: Clement Attlee suponía una tentativa de transformar el capitalismo por métodos democráticos. Si se estudian los objetivos que según Schumpeter impondrían los laboristas a la economía británica vemos que *sin excepción* todos tuvieron su traducción en la realidad.

Entre las múltiples críticas que levantó en su día la tesis de *Capitalism, Socialism, and Democracy* destaca por su agudeza la de la economista marxista británica Joan Robinson que señalaba la ausencia de la teoría a la hora de describir la suerte del Tercer Mundo. Y ello era cierto: Schumpeter centró el foco de su análisis en Europa y en Norteamérica. La transcendencia de lo que sucediera en esas zonas del mundo era suficiente, y los hechos lo han demostrado, para comprender lo que tendría que ocurrir en el llamado Tercer Mundo.

Pero, nada de lo que tuvo ocasión de observar —hasta fines de 1949— sirvió para que Schumpeter modificara sus viejas predicciones. El capitalismo, un sistema del cual había denunciado su *inestabilidad* segregaba los cimientos de su ruina. Y así lo manifestó en las breves páginas de su elocución *The March into Socialism* (AER, mayo de 1950). Considerando este verdadero testamento de Schumpeter hemos de recordar que para él las predicciones escapaban del mero pronóstico, de la pronunciación ideológica, si centraban el análisis en la interacción de las fuerzas económicas y sociales, sin que fuera necesaria la intervención de factores exógenos. El recordatorio tiene la mayor importancia porque en él reside la valoración de su predicción. Tuvo palabras de gran acierto cuando manifestó que siempre dentro de la «marcha hacia el Socialismo» los países cuya Organización económica y social estuvieran dispuestas con arreglo a los preceptos de la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimi Anno*, la transformación del capitalismo en el socialismo de planificación central el fenómeno sería más lento.

Hace unas semanas, nuestro compañero el Excelentísimo señor Cardenal Primado de España, planteaba entre nosotros la cuestión de la «eficacia» de la doctrina social de la Iglesia. Creo que las palabras de Schumpeter en *The March into Socialism* son suficientemente reveladoras.

Cinco años atrás, y por la benemérita iniciativa de una banca holandesa, se publicó un libro titulado *Capitalism, Socialism and Democracy after 40 year* (1981) para desentrañar la «Schumpeter's vision»; las respuestas fueron muy diversas como lo podían dejar de ser las proporcionadas por Samuelson, Bottomore, Fellner, Haberler, Lambers, Smithies, Wiles y Zassenhaus. Pero, el estudio detallado de unas respuestas que llegan

ahora, cuando ha caído el muro de Berlín, se han liberado las economías de los países de la Europa del Este, se ha reunificado Alemania, ha entrado en barrena el sistema económico soviético, parecen contradecir las predicciones de Schumpeter. Una primera explicación, sin perjuicio de la mayor extensión que doy al tema en mi próximo libro «Schumpeter. Su tiempo y el nuestro» reside en la transformación que el propio capitalismo sufrió desde los países que adoptaron —como la República Federal Alemana— la *Sozialmarktwirtschaft* a los que, con un manejo más o menos certero de la política económica keynesiana pudieron dar estabilidad a la inestabilidad congénita del capitalismo. El movimiento de integración que encabeza la Comunidad Económica Europea tampoco pudo ser entrevisto por Schumpeter, y la realidad del fracaso de la economía con planificación central desde los últimos años de Stalin, el intento de rectificación de Kruschef, los largos años de ineficacia de Breznev para llegar al ensayo de la «perestroika» no pueden, legítimamente imputarse al debe de Schumpeter. Quizá por todo ello termino mi intervención asegurando que *Capitalism, Socialism, and Democracy* seguirá siendo uno de los grandes libros del siglo XX.